

Rabia del Sur

Extracto del guión de *Rabia del Sur* – Leonardo busca a Sandra en Barbate

Págs. 65-66-67-68-69-70-71-72-73 (Verano de 2010)

Autopista A-7 (exterior, a media tarde), calles de Barbate (exterior, anocheciendo), una disco al aire libre en Barbate (exterior, de noche).

Leyenda: Autopista A-7, poco después.

Leonardo enfila hacia Barbate a tumba abierta en su BMW X6. La viñeta muestra la autovía a la altura del Arroyo de la Miel, a mediodía, con las cabinas del teleférico por encima del coche.

Leyenda: Barbate, más tarde.

Leonardo entra en Barbate y aparca. Echa a caminar por el pueblo. Empieza a oscurecer. Al pasar junto al ventanal de un bar en el que tan sólo se ve al camarero y a un parroquiano con aspecto alcoholizado, se detiene, entra y se acoda en la barra:

Leonardo: —Una tónica, por favor
—le dice al camarero.

El camarero: —Enseguida.

Leonardo: —Disculpen, amigos. A ver si pueden echarme un cable. Estoy buscando a esta chica —saca una foto en la que aparecen Andrés y Sandra agarrados por la cintura.

El parroquiano: —¡Coño, si es la Saltamontes... la hija del Bartolo! —suelta abriendo los ojos desmesuradamente—. Dejó a su familia tirada hace unos años y a más de uno de por aquí con la cartera temblando. Saltaba de picha en picha... la hijaputa de la Saltamontes. ¡Qué bicho de hembra, pero qué buena está!

El camarero: —¿Para qué la busca, amigo?



Leonardo: —Soy su agente de la condicional —dice bajando la voz, como si fuera un secreto—. Vengo a llevármela de vuelta... Ya sabe: mala hembra, una ladrona y traficante que no debió salir del Penal de Albolote... Pero usted ha dicho «qué buena *está*», no *estaba* —dirigiéndose al parroquiano—. Vengo siguiéndole la pista desde Granada. La han visto por aquí, ¿verdad?

El parroquiano: —Está por aquí desde hace unos días. Ha vuelto hecha una reina de diamantes. Ya sabía yo que ese exhibicionismo y ese despilfarro que se trae desde que llegó no podían ser... ¡Uf! Qué seca tengo la garganta.

Leonardo: —Póngale algo que le *refresque*. A cuenta del Estado —saca un billete de cincuenta euros y se lo pasa al camarero—. No se cobre aún... por si le entra más sed luego.

El parroquiano: —Un machaquito y un gin tonic.

El camarero: —Disculpe... pero tendrá alguna identificación como agente judicial o algo, ¿no? —sin demasiada convicción.

Leonardo: —Ahora se la muestro. Prepárele lo que ha pedido, y no le interrumpa ahora, joder, que vengo con la lengua fuera detrás de esa perla.

El camarero se retira a preparar las bebidas.

Leonardo: —¿Y dónde puedo encontrarla? Ya me entiende, amigo: tampoco quiero liar el taco al detenerla.

El parroquiano: —Por lo visto está en un cinco estrellas de Sancti Petri, de spas, masajitos, piscina y marisquillo. Pero anda por aquí todas las noches, chuleando a marcaritas jóvenes que la invitan a petardos... y no sé yo qué más. Siempre le han gustado los jovencitos y el roce fácil. Luego se vuelve al hotel con su Mazda roja descapotable, de día ya, con dos o tres chavales y harta de todo. ¡Pero qué habrá hecho esa perra para acabar en la cárcel! Pobre Bartolo...

El camarero: —La Sandra está todas las noches en la disco al aire libre *El Zafarrancho*, a la vera del puerto deportivo —interviene—. ¿Y esa identificación, señor?



Rabi del Sur

Leonardo: —Ponle otra ronda aquí al amigo —saca otro billete de cincuenta y se lo deja sobre el mostrador— y quédate con el cambio.

Leonardo se guarda la cartera dejando asomar, como al desgaire, la culata de la pistola, y sale.

Vuelve al coche y lo echa a rodar despacio. En un semáforo en rojo aprovecha para preguntar a unos jóvenes (sin casco) en un scooter:

Leonardo: —Eh, amigos, ¿sabéis dónde queda *El Zafarrancho*?

El que conduce: —Pasamos cerca, colegai, síguenos y te indicamos —se le adelantan haciendo un caballito.

Leonardo: —Menudos soplapollas —se dice.

Leyenda: Unos minutos después.

El tipo que va de paquete le indica a Leonardo una especie de caseta de feria, con las paredes pintadas de camuflaje, sin techo. Leonardo les hace una señal de saludo en agradecimiento por guiarle. Los tipos siguen adelante y se pierden.

Leonardo aparca entre otros coches, algo retirado de la entrada. Desde su posición puede ver que hay dos porteros grandotes y gente en cola. Mira su reloj: son las 21:53.



Abre la ventana, reclina ligeramente el sillón y se acomoda, paciente, sin apartar la vista de la puerta de la discoteca.

Leyenda: Dos horas después.

Leonardo ve llegar un Mazda descapotable que aparca varias filas por delante de su BMW. Sandra, al volante, va acompañada de un joven moreno y con los brazos esculpidos a mancuernas. El joven le besuquea el cuello y la oreja. Ella se ríe a carcajada limpia. Un BMW negro tuneado llega tras ellos y aparca al lado del Mazda. Se bajan otros dos tipos jóvenes, también con torsos pulidos en el gimnasio. Vienen todos juntos de alguna otra parte.



Leonardo: —Ni un solo pensamiento para tu crío, cabrona, ni una llamada —susurra, mientras mide la franca dificultad de un enfrentamiento en las condiciones actuales y sin tirar de pistola, algo que pretende evitar a toda costa.

Leonardo estima en su contra la suma de los tres tipos que van con ella, de los dos porteros de la discoteca, que posiblemente la conocen bien y estarán dispuestos a intervenir o a convocar refuerzos locales si la cosa se lía, y de la propia Sandra que, por una parte, no esperará verlo y, por otra, no estará dispuesta a acompañarle a Málaga sin oponer resistencia.

Al cabo de unos minutos el grupo entra en la discoteca. Más tarde reaparecen todos entre risas, visiblemente entonados, y montan en el BMW negro, que echa a rodar. La radio suena a buen volumen.

Sandra: —¡Ah!... Es mi canción. ¡Súbemela, nene! —exclama y empieza a contonearse.

La radio desgrana *Niña del sur*: «Por La Línea vas, entre el bien y entre el mal, fumando algo que te han pasao en Gibraltar... Mi niña del sur, inimitable tú...»

Ella, muy suelta, ríe y le mete mano a sus compañeros. Leonardo sale tras ellos. Un par de kilómetros más adelante el coche se desvía por un estrecho carril de tierra. Leonardo apaga sus faros y sigue el señuelo de las luces rojas, difuminadas por la estela de polvo que levantan los neumáticos. El carril acaba en una playa desierta.



Leonardo apaga el motor antes de que puedan detectar su presencia. El BMW negro gana aún algo de distancia, pero no tanta como para que Leonardo no pueda verlos detener el vehículo, salir y dirigirse a la playa entre grandes risotadas. Llevan un par de botellas de vino. Hay luna llena y el mar se manifiesta con un ligero rumor de olas.

Sandra se va desnudando mientras corre hacia el agua y se tira de cabeza. Uno de los tipos va tras ella y empieza a echarle agua y a magrearla. Los otros dos tipos se quedan atrás, sentados, fumando y bebiendo.

Leonardo abre el maletero, echa su pistola dentro y comprueba la sujeción de su cuchillo en la pantorrilla derecha. Coge una garrafa de gasolina, se guarda en un bolsillo varios latiguillos de plástico para fijar cables (como los que usa la policía para esposar), se pone en el brazo un rollo de cinta para embalar (como si fuera un brazalete) y agarra una llave telescópica para llantas.

Introduce la llave en su cinturón, por la espalda, de manera que ésta queda oculta a la vista de cualquiera que le venga de frente. Se aproxima sigilosamente al BMW negro y lo cerca con un grueso cordón de gasolina. Seguidamente introduce una mano por la ventanilla abierta del conductor y enciende las luces.



Los que están en la playa se giran sobresaltados. La silueta de Leonardo se recorta oscura a un lado del coche, sin rasgos discernibles.

Tipo 1: —¡Eh, hijoputa! ¿Qué coño haces? —chilla haciendo ademán de levantarse.

Tipo 2: —¿Quién es ese payaso? —se pregunta a voz en grito y secunda a su compañero.

Leonardo observa cómo los dos tipos que fumaban sentados se levantan y echan a correr hacia él aferrando las botellas por sus golletes, de tal manera que éstas chorrean su contenido como presagio de un cruento enfrentamiento.

Al fondo, Sandra y el tercer tipo corren a la orilla para coger algo de ropa con la que cubrirse, antes de acudir ellos también al foco del conflicto.

Leonardo se adelanta un par de pasos para recibir al primero de los tipos. Cuando éste está ya a su alcance, saca la llave oculta en su cinturón y le asesta con ella en la boca. El tipo cae sobre la arena, aullando de dolor. El segundo tipo se detiene en seco, amedrentado.

Leonardo: —Podemos hacer esto bien o mal. Tú decides... —delante de uno de los faros, alza entonces la pernera de su pantalón dejando al descubierto el cuchillo.

Tipo 2: —¡Eh, tío, tranquilo! ¿Qué quieres? ¿El coche? Llévatelo.

Sandra y el otro tipo se aproximan aún sin entender qué está pasando. Apenas llevan ropa con la que taparse y están empapados. Leonardo suelta la llave a sus pies, se pone un cigarro entre los labios y es la llama del zippo, al encender el pitillo, la que revela su identidad.

Sandra: —¡¡Leonardo!! ¿Pero qué haces tú aquí? ¿Y por qué le has partido así la boca a mi niño precioso, so cabrón? —indicando, airada, al tipo que está escupiendo sangre sobre la arena.

Los otros dos tipos la miran estupefactos, paralizados.

Leonardo: —¿Tu niño precioso? Te equivocas: tu niño precioso te espera en otra parte, y ya es hora de regresar con él.

Sandra: —Pero haced algo, cobardes de mierda, que sois dos tíos como dos torres de grandes, joder. ¡Dame esa botella...! —haciendo por quitársela al tipo 2.

Leonardo deja caer el zippo aún encendido al suelo y se aparta lentamente del BMW, mientras el cerco de gasolina echa a arder y el vehículo en llamas enciende la noche.

Los dos tipos sujetan a la fiera de Sandra y le impiden que se haga con la botella, que arrojan a distancia. Están aterrorizados.

Sandra: —¡Yo hago lo que me da la gana! ¡Voy adonde me da la gana y me tiro a quien me da la gana! Yo soy libre, ¡libre!! ¿Te enteras?

Leonardo: —Si no queréis saber cómo de mal puede acabar esto, vais a hacer lo que yo os diga paso por paso —y les arroja la cinta de embalar y los latiguillos—. Primero le tapáis la boca a esta zorra, la maniatáis y me la dejáis: esta zorra ya no os pertenece. Luego el niño precioso os maniató a vosotros, luego lo maniato yo a él, y finalmente os sentáis a remojaros los pies en la orilla hasta que amanezca o hasta que acudan los bomberos... Y os olvidáis de esta noche, de ese coche y de este tipo cabrón que si se vuelve a cruzar con vosotros será para que no tengáis ya ni oportunidad de olvidar.

Leonardo recupera el zippo de las llamas ayudándose de la llave telescópica.

Leyenda: Cinco minutos después.

Los tipos, maniatados ya, se alejan hacia la orilla en grupo, con el coche en llamas en primer plano. Leonardo empuja a Sandra hasta su X6. Ella lleva puesta una camiseta húmeda que se le transparente. Va maniatada, amordazada y con la expresión colérica.



Rabi del Sur

Leonardo abre el portón de su maletero, la coge en brazos y la arroja dentro sin miramientos. Cierra el portón y se dirige a su asiento cuando resuena un estallido que lo obliga a agacharse, casi a tirarse al suelo. Leonardo cae en la cuenta entonces de que no ha recuperado su pistola del maletero.

Leonardo: —¡Hostia puta! Mi pistola... —y le grita—: ¡Deja eso, Sandra, que te vas a pegar un tiro, joder!

Un segundo disparo atraviesa la chapa. Leonardo repta hacia el maletero, coge un puñado de arena y pulsa su mando a distancia para abrir el portón. Ella se levanta hecha una furia; lleva la pistola agarrada como puede, y apunta hacia delante con gran dificultad, empuñándola desde un costado, ya que tiene las manos atadas por la espalda. Intenta ubicarse y ubicar a Leonardo.

Leonardo se levanta entonces y le arroja la arena a los ojos. Ella cae neutralizada, sollozando de dolor. Él le quita la pistola de un manotazo y cierra el portón del maletero. Mientras ella patea el portón, él pega sendos trozos de cinta de embalar sobre la chapa agujereada.



Leonardo abre el portón nuevamente. Ella ha conseguido escupir parte de la cinta de embalar, lo cual le deja media boca libre.

Sandra: —¡Hijoputa! Mis ojos... Échame agua, por Dios. Me arden.

Leonardo saca una botella que está a los pies de Sandra, en el mismo maletero, y le vierte agua en los ojos.

Sandra: —¡¡El dinero está en el maletero de mi coche!! Hay que recuperarlo... —espeta con los ojos como brótolas y lagrimeando.

Leonardo: —¿El dinero de la venta del chalé? ¿En el Mazda rojo? —y sonríe, sorprendido.

Antes de que ella pueda responder, Leonardo ya le ha pegado otro trozo de cinta de embalar en la boca.

Leonardo: —Esto es lo que hay, rubia: tú vuelves a Málaga en el maletero —Sandra manifiesta en la mirada horror ante la idea—. Ahora ya no tienes casa propia, así que vivirás en el piso de mi hermano. Tampoco tienes dinero: te lo has fundido todo. Yo te iré pasando semanalmente lo justito para tirar. El nene estará contigo sólo cuando no esté con mi madre. Y tú cuidarás de él como es debido. ¿Te haces una idea de lo que ocurrirá si no lo cuidas? —y le cierra el portón de golpe, pero aún le espeta—: ¡Y sin liar el taco camino de vuelta o te arrojó a la cuneta como un fardo!

Viñeta de Leonardo forzando el maletero del Mazda y recuperando una bolsa de deporte llena de billetes.

El X6 sale en dirección a Málaga. A un costado de la carretera, una extensión amplia con toros debajo de molinos eólicos. Viñeta de Sandra botando en el maletero, con malísima cara, mientras de fondo se escucha a Triana a todo volumen: “Luminosa mañana, prendida de sufrimiento, hoy he visto la luz que todos llevamos dentro...”.

En la siguiente viñeta se ven nuevamente los teleféricos de la A-7.

Leyenda: Al día siguiente.

Leonardo habla con un mecánico en un taller de barrio:

—Cámbiame el portón del maletero, Paco, y no te digo nada... —y le alargados billetes de 500 euros.

El mecánico: —Tranquilo, Leonardo. Ya me conoces: de aquí no sale ni qué —y hace un gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

